

**EL EMPERADOR NAPOLEÓN III
Y LA UNIDAD ITALIANA**

*Comunicación del académico Horacio Sanguinetti
en sesión privada de la Academia Nacional
de Ciencias Morales y Políticas,
el 8 de agosto de 2012*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal.

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de agosto de 2012.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2009 / 2010**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSI
Vicepresidente . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protosorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO.....	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF.....	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO.....	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Carlos María BIDEGAIN

Dr. Carlos A. FLORIA

Dr. Miguel M. PADILLA

EL EMPERADOR NAPOLEÓN III Y LA UNIDAD ITALIANA

Por el académico DR. HORACIO SANGUINETTI

El 17 de marzo de 2011 Italia, que había dominado al mundo antiguo, celebró el siglo y medio de su unidad, por fin reconstruida. De verdad, la que proclamó en Turín el Parlamento Nacional en esa fecha de 1861, se trataba de una formulación incompleta y relativa: aún faltaban numerosos ámbitos al Sur, al Norte y por todas partes, Venecia, Trieste, Parma, etc., y en Roma la Santa Sede ejercía poder temporal. La total solución de los infinitos ajustes pendientes, no se completó hasta 1984 con los acuerdos de Madama.

Pero en líneas generales y tras luchas severas, buena parte del territorio del viejo Imperio se integraba finalmente en un Reino del cual se hizo cargo el tosco Víctor Manuel II, rey de Cerdeña, príncipe de Piamonte y duque de Saboya. Es lo que festejan ahora los italianos y otros pueblos, buenos vecinos como Francia que ofreció entre octubre de 2011 y enero de 2012, en el Museo del Ejército, Hotel des Invalides, una formidable exposición: “Napoleón III e Italia, nacimiento de una Nación: 1848-1870”.

La unidad nacional que tanto desveló a Maquiavelo se había retrasado en Italia y Alemania casi tres siglos, mientras España, Francia e Inglaterra la resolvían sobre el filo del 1500. La revolución general europea de 1848 favoreció el renacer del esfuerzo unitivo, por primera vez de modo serio y contundente. Los intentos anteriores, fragmentarios y fugaces, sostenidos por Napoleón I con las armas, habían servido para glorificar a éste y poco más. De cualquier modo la Francia republicana, presidida desde aquel año 48 por su sobrino Luis Napoleón Bonaparte, estaba dispuesta a la ayuda y la intervención.

Algunos hombres

Algunos nombres pesaban ya en Europa: el conde Camilo de Cavour (1810-61), presidente del Consejo del Reino de Piemonte-Cerdeña, era el alma y el cerebro del Risorgimento y la recomposición.

Giuseppe Garibaldi (1807-82), condottiero legendario, había luchado en las aguas rioplatenses contra Rosas y Brown –quien lo venció, protegió y abrazó– y alcanzado la talla de un héroe de dos mundos.

Giuseppe Verdi (1813- 1901) se erigía como el gran artista necesario a su país. En las óperas “Nabucco” (1842, representada ese primer año 65 veces Alla Scala), “I Lombardi” (1843), “Attila” (1846), “La Battaglia di Legnano” (1849, pero ofrecida en Parma en 1860, con el inquietante título de “La derrota de los austríacos”), fue quien primero otorgó protagonismo popular y patriótico al coro. Particularmente el de Nabucco, “Va pensiero”, que presenta a los judíos clamando por la tierra perdida pero los convierte en clave de cualquier pueblo sometido, alcanzó un éxito monumental. Al decir de Sarmiento ya en 1848 era “el más celebrado compositor moderno”.

Aquel impulso por lo suyo iluminaría toda la obra verdiana, aun óperas como “Aída” (1871), que mucho excede temporalmente su período denominado “risorgimentale”. La Patria estaba en la base de su ideología, profundamente republicana, donde también habitaban antihéroes infelices y discriminados: el perseguido por causa de la injusticia, el beltenebroso, el jorobado, la prostituta, los gitanos, el viejo gordo, el moro, el mestizo, la inocencia burlada, el poderoso en soledad...

Asimismo estuvieron interesados por la unidad italiana muchos franceses ilustres como Alejandro Dumas y Víctor Hugo. Dumas fue algo así como un espía de Garibaldi. Hugo era originariamente monárquico, aunque la admiración que Carlos X le manifestaba no lo puso a cubierto de la censura y pronto evolucionó hacia posturas democráticas.

Luis Napoleón

Luis Napoleón Bonaparte, hijo presunto de Luis –un hermano del Gran Corso– y de su esposa Hortensia de Beauharnais, cuya conducta alimentaba aquella presunción, era pues oficialmente sobrino del Emperador, además de nieto de Josefina. Vivió entre 1808 y 1873. Conspirador empedernido y recurrente, siempre dispuesto a todas las revueltas, en su juventud frecuentó círculos y ligas secretas y algunos de sus “hermanos” nunca le perdonaron la evolución posterior. Tal, Felice Orsini, abogado por Bologna, miembro de la Constituyente de Roma (1849), que en 1858 lanzó una bomba contra el carruaje imperial en la puerta de la vieja Opera de la calle Le Pelletier, mató a ocho, hirió a 56 personas, pero dejó ilesa a la pareja central, salvo un corte en la enorme nariz del Emperador. Antes de ser ejecutado –pese a la sorprendente benevolencia que le dispensaron Eugenia y Napoleón–, instó epistolar-

mente a éste para que liberase Italia de sus predadores. Parece que esa carta pública pesó en la decisión de Napoleón III para guerrear con Austria.

Camino al poder

Aquellas interminables rebeldías del joven Luis Napoleón lo arrastraron a exilios en Estados Unidos, Suiza, Inglaterra, Alemania e Italia, que ampliaron su visión del mundo contemporáneo; y a sucesivas cárceles. Tras la última asonada, en Bologna (1840) fue condenado a perpetua. Pero logró escapar de la ciudadela de Ham (1846) disfrazado de albañil y, al proclamarse la república en Francia su mágico apellido y su habilidad mediática –p. ej. el slogan “el Imperio es la paz”– lo catapultaron al centro de la política. Desde 1832 escribía libelos y libros donde exponía proyectos políticos y militares de relativo valor, pero que circularon. En “Ideas napoleónicas” anticipa con sorprendente clarividencia que el mundo camina a dividirse entre “dos colosos que se encuentran uno en el extremo del nuevo mundo y otro en el extremo del viejo mundo”: Estados Unidos y Rusia¹.

En los comicios de diciembre de 1848, Luis Napoleón obtuvo 5.434.107 votos contra 1.448.107 de Luis de Cavaignac y 370.119 de Ledru Rollin. En el gobierno no hizo mal papel pero agotándose su período, el príncipe presidente –denominación ambigua que intencionalmente usaban sus partidarios– comenzó a elucubrar la manera de conservarse en lo alto. Viendo que no lograría modificar la Constitución de 1849 para estirar el mandato preparó su “XVIII Brumario”, del cual Marx se mofaría sin misericordia.

¹ Napoleón III: “Ideas napoleónicas”, Espasa Calpe Austral, Bs. As. 1947, p. 16.

Lo realizó el 12 de diciembre de 1851, no sin cierta prolijidad, aunque hubo muertes y múltiples arrestos –26.844 según Seignobos y 239 deportados ¡a Cayena!–, y se proclamó Emperador con el auxilio de su medio hermano Charles de Morny, que ofició como el tío Luciano había oficiado para poner en el Consulado al tío Napoleón (1799). Aunque éste dijo en Santa Elena, “mi único heredero es el pueblo”, algo de la herencia benefició, tanto después, al sobrino.

Hijo descartado del sufragio universal, un plebiscito lo confirmaría once meses más tarde: 7.500.000 votos a 650.000. Recurriría luego con cierta frecuencia y éxito abrumador a tal procedimiento democrático semidirecto, pero en el manejo político fue autoritario, a veces brutal, a veces benevolente: un avanzado del populismo. Curioso es que retuvo su presidencia “provisional” hasta el plebiscito. Sólo entonces se sintió emperador.

La horma del zapato

No era Adonis: piernas muy cortas para su torso, rostro abotagado sin vivacidad. Pero el poder ofrece compensaciones y las beldades más esplendorosas revoloteaban alrededor del príncipe. Una española de mediana nobleza e inmensa hermosura lo tuvo a raya y le explicó que para llegar a su alcoba debía pasar por la capilla. Tras muchas vacilaciones y pese al encono de su familia, zoológico desopilante de estúpidos y ególatras, desposó a Eugenia de Montijo el 29 de enero de 1853. Fue un matrimonio mediocre. El había puesto pasión circunstancial, no amor. Eugenia desconocía las artes de la colaboración erótica y el Emperador se aburrió pronto. En tres meses volvía a las andadas. La Emperatriz, informada por amigas caritativas, sufría rabiosamente y protagonizaba inútiles escenas apocalípticas con su real marido. Sólo a los años se consolidó entre ellos una amistad profunda.

Eugenia, no obstante su gracia, su elegancia, su trato distinguido y su inteligencia, le fue negativa. Hondamente reaccionaria, empezó a meterse en política y sus influencias conyugales provocaron los peores desastres: las vacilaciones de la campaña de Italia, la trágica aventura mexicana, el fracaso del Imperio Liberal que ella boicoteó y la catástrofe final, la Guerra Franco prusiana.

El imperio es la paz

Napoleón III consideraba, no sin razón, que el error primordial de su tío fue enfrentar a Inglaterra. Buscó por ende, un acercamiento. Lo logró. En 1853 ambos países acudieron aliados en socorro de Turquía, agredida por Rusia y desataron la Guerra de Crimea (1853-56) donde se les agregó Víctor Manuel, rey de Piemonte, que así acrecentó su importancia en el concierto europeo y arribó a posteriores acuerdos con Francia. Medio millón de almas costó esta contienda confusa, de explosivos, sitios, defensas de ingeniería militar, tifus, cólera y otros males que mataban más que la metralla. Allí se desplegó el primer ejercicio moderno de la enfermería con Florence Nightingale, y los audaces lores Cardigan y Raglan se hicieron famosos por su coraje... y sus atuendos. No fue la única consecuencia de sastrería. Argentina adquirió numerosos desechos de guerra, entre otros, bombachas de montar, rápidamente adoptadas por nuestros gauchos en desmedro del chiripá.

Un módico triunfo aliado y la paz firmada en mayo de 1856 en el Congreso de París, presunta revancha del de Viena de 1815 le dieron a Napoleón la ilusión de ser el gran titiritero.

Italia

Si bien en 1849 el príncipe presidente, para proteger al Papa, había alejado de Roma a los eternos insurgentes –ocasión en que perdió la vida Godofredo Mameli, autor del Himno Nacional–, diez años después, tras la carta de Orsini y un encuentro “casual” con Cavour en las aguas de Plombières, estableció la alianza y se lanzó a combatir a los austríacos que invadían Piamonte. Pretendía una “Italia libre hasta el Adriático”, pero sin molestar al Papado.

Ansioso por emular a su tío, condujo su propio ejército, como Francisco José de Austria y Víctor Manuel los suyos. Ninguno se lucía por su orden y concierto, muy lejos de las genialidades de Marengo y Austerlitz. Pero Francia utilizaba tecnología moderna, telegramas, ferrocarriles, y logró dos victorias míticas, Magenta y Solferino (junio de 1859). De todos modos no eran totales ni decisivas, y corrió tanta sangre –40.000 bajas sólo en Solferino– que horrorizó a Napoleón, lo que habla a su favor. Hizo una rápida paz en Villafranca y logró la anexión de Lombardía, Saboya y Niza. Había entrado triunfante en Milán, cabalgando a la par de Víctor Manuel y su prestigio creció entre los italianos que lo apoyaron en plebiscitos rotundos, una feliz novedad. Pero no fue consecuente, su carácter estaba así delineado y siempre vacilaba, entre dudas e incoherencias.

En 1860 los mil Camisas Rojas de Garibaldi tomaron Sicilia y todo el sur italiano. Napoleón, más frío en su entusiasmo peninsular, accedió, ya muerto Cavour, a desocupar Roma bajo la promesa de Víctor Manuel de respetar los Estados Pontificios. A todo evento se capitalizó Florencia. Un nuevo intento garibaldino (1867) fue sofocado por Francia, con lo que el Emperador acabó de rifar su residuo de itálica popularidad. Para colmo, a consecuencia de su caída tras la derrota de Sedán ante Prusia (1870), el rey de Italia se sintió libre de compromisos, ocupó Roma y la declaró capital.

La obra imperial

La obra administrativa del Imperio fue trascendente: el barón Georges Haussmann (1809-91), prefecto del Sena, hermoseó radicalmente la faz de París y la dotó de espectaculares boulevares, parques, palacios... Aunque Napoleón se dormía en la Opera y Eugenia había desarrollado una adecuada técnica para despertarlo subrepticamente, él estimuló la lírica y Charles Garnier (1825-98) construyó el gran palacio operístico estilo “Napoleón III”, quien no llegó a presidir la inauguración con fragmentos de Halévy y Meyerbeer, retardada hasta el 5 de enero de 1871. Offenbach, Strauss, Verdi, Gounod, Merimeé y muchos grandes artistas fueron mimados durante el Segundo Imperio. También se creó el Salón de Rechazados, apoyando a los impresionistas anatemizados por Greuze y los pintores clásicos.

Como presidente en 1850, a través de su representante Leprédour, finiquitó el conflicto con Buenos Aires.

Luego contribuyó a entronizar la Cruz Roja, en 1862 incorporó a Francia la Cochin China y habilitó el Canal de Suez que Eugenia inauguró en 1868. Dispuesto a extenderse a ámbitos más amplios anheló Latinoamérica —esa palabra se consagró entonces, para incluir a Francia—, reinventó el Imperio de Méjico y lo cedió a Maximiliano de Austria, ya reconciliado con ésta. Resultó un desatino, perdió prestigio en Italia y desde que Benito Juárez fusiló al austríaco (1867), muchos italianos fueron bautizados con el nombre de aquél. Entre otros, Benito Mussolini.

En el conmovedor poema “Miramar” el premio Nóbel Giosué Carducci presenta al dios azteca Huitzipotli aguardando el arribo de Maximiliano para vengar en él los atropellos de los conquistadores. Así concluye:

“No a tus infames tísicos abuelos
consumidos de fiebre o de furores;
a ti quería, y tomo en ti reabierta
la flor de Absburgo.

“Y de Guatimozín a la grande alma
que del sol bajo el palio siempre reina,
ofrenda te hago, oh puro, oh fuerte, oh bello
Maximiliano.”

Traidores, enemigos, amigos

Como suele ocurrir en política, los emperadores sufrieron muchas traiciones y aun desavenencias familiares, como las de los primos Mathilde, hija de Jerónimo, y el obeso y asesino príncipe Pierre Napoleón (1815-81), hijo de Luciano, eterno aspirante al trono y ambos siempre, descontentos con todo.

Hijo de un general de Napoleón I, Víctor Hugo anduvo cercano al príncipe presidente pero los bandazos de éste en la cuestión itálica lo alejaron y debió exiliarse en Bélgica e Inglaterra, Isla de Guernesey, hasta que aquél cayó. Le dedicó libros y poemas escritos con vitriolo, como “Napoleón el Pequeño” (1852) y “Los Castigos” (1853), que pese a la censura, corrieron y produjeron efecto. Lo cierto es que el Segundo Imperio no descartó reprimir con exoneraciones, clausuras, prisiones, deportaciones al trópico y aun muertes. Por ej.: el profesor más importante de París, Amadeo Jacques, seriamente amenazado, debió refugiarse en Argentina procurando ¡hasta lograrlo! educar al buen salvaje.

Pero los emperadores también conocieron fieles amigos: el duque Charles de Morny (1811-65), hijo ilegítimo de Hortensia y por tanto hermanastro de Napoleón III; Próspero Merimée; el

embajador de Austria príncipe Ricardo de Metternich –hijo del maquiavelo del Congreso de Viena–; el dentista norteamericano Thomas Evans, la reina Victoria, con la cual el largo exilio en Inglaterra forjó una amistad sólida.

Finis

Tras la catástrofe de Sedán, prisionero el Emperador, desconocido el paradero del hijo que lo acompañaba, la Regente que era Eugenia vivió momentos angustiosos y sólo por su vulgar disfraz, porque empleó un pasadizo secreto que conducía del Louvre a la Plaza de Saint-Germain-l’Auxerrois, y porque algunos de los amigos mencionados se jugaron la vida asistiéndola, pudo escapar de la multitud enardecida por linchar “a la española”. También es cierto que Bismarck trató de sostener al Imperio e hizo una propuesta a la Regente, refugiada en Londres, a cambio de algunas concesiones territoriales que Eugenia no avaló.

Pero la fascinación del nombre Bonaparte refflorece al punto que, en medio de la debacle sobreviniente Napoleón proyecta lo suyo, en lo que era maestro, su especialidad: un nuevo zarpazo al poder previsto con altas probabilidades para el 31 de enero de 1873. Pero sería el último. Sus humillantes cálculos renales le impiden hasta montar a caballo y aquello se suspende. De todos modos no llega a esa fecha, muere el 9 de enero.

Las esperanzas bonapartistas se redujeron entonces al hijo único, el joven Napoleón Eugenio Luis (1856-79). Miembro del ejército británico, participó innecesariamente en una guerra menor y ajena ¡contra los zulúes! y fue ultimado por éstos.

“Se dice que anoche murió la Emperatriz –registra en su famoso diario María Bashkirtseff² –, pero ningún periódico consig-

² María Bashkirtseff: “Diario de mi Vida” CEDAL, Bs.AS, 1978. pág. 42.

na esta noticia tremenda... Por la calle se ven caras llenas de consternación y vendedores de diarios que lloran. Yo hago lo mismo, pensando que esto no es lógico ni explicable. ¡Quisiera vestirme de luto, llevar crespón!”

Tal era la herencia popular del Gran Corso y, no la descartemos, también la de su sobrino, en cuya carrera hay demasiadas luces y sombras. Su aporte a la Unidad Italiana con múltiples marchas y contramarchas, provoca como tantas acciones suyas, cierta estima por lo que fue y pesadumbre por lo que no pudo o no quiso ser.

